

## **0298. ¡Sí, Dios existe!**

Me subí un día en un bus urbano y, como siempre, tuve la curiosidad de leer los eslogans y leyendas, tan simpáticos y tan acertados a veces, que suelen fijar nuestros beneméritos conductores. Aquel día me llamó la atención, de buenas a primeras, ver cómo el chófer se santiguaba delante de la primera iglesia que encontró en la ruta. Pero me expliqué fácilmente su actitud piadosa al ver el cartel que había colocado delante de sus ojos, con un dicho bien conocido, pero que el cristiano conductor hacía suyo y brindaba a los demás como una advertencia:

*- Para aquellos que creen en Dios, ninguna explicación es necesaria. Para aquellos que no creen en Dios, ninguna explicación es posible (Tolstoy)*

¡Bien por el excelente y cristiano conductor! No debía estar graduado en ninguna universidad, pero les aseguro que sabía bastante sicología y también mucha teología de la más alta...

Parecería que eso de negar la existencia de Dios era un asunto de tiemposidos, y que el ateo o el incrédulo es a estas horas un tipo raro, ya pasado de moda. Y no es así. Porque existen todavía muchos que niegan a Dios. ¿Ignorancia? ¿Orgullo refinado? El hecho es que Dios es negado.

Discutir con un ateo o un simple incrédulo es el intento más vano que existe. Porque se ha hecho de su mente un dios, y Dios no cabe en la cabeza de ese rival, creado por el orgullo del hombre. Es un fenómeno psicológico que palpamos a cada momento.

Por su parte, la Palabra de Dios, que escuchamos continuamente en la Iglesia, nos dice lo mismo. La fe es una gracia, un don, un regalo de Dios, y la fe exige que el hombre le dé una respuesta al Dios que se le revela. Pero ese regalo divino queda estéril, sin respuesta del hombre, cuando el hombre cierra con obstinación los ojos para no ver.

¿Qué hacer, entonces, cuando nos encontramos con alguien que nos dice que no cree ni en Dios, ni en la Iglesia, ni en la vida eterna? No discutamos, porque es inútil. Sigamos otro camino.

Primero, empezamos por darle el testimonio de nuestra fe: que él vea que nosotros creemos. Nuestra conducta cristiana intachable y nuestra adhesión a la Iglesia son el único argumento que podrá entrarle en la cabeza o que, al menos, le dará algo que pensar...

Y segundo, rezamos. La oración vence toda resistencia. El orgullo necio de ese pobre hombre irá bajando los humos, y, al fin, será capaz de abrirse a la gracia de Dios.

Hoy somos muy sensibles a los males que padecen tantos hombres, hermanos nuestros, debidos a las injusticias sociales. A poco sentimiento que tengamos en el corazón, estos males sociales nos llegan muy al alma y estimulan nuestro amor cristiano para poner el remedio oportuno. Esto es un deber de conciencia, que se ha despertado afortunadamente en la sociedad y en especial dentro de la Iglesia.

Pero es peor, mucho peor, el ver cómo tantos hombres y mujeres tienen hambre inconsciente de Dios y no hay nadie que les lleve el pan de la Palabra y, junto con ese pan divino, la esperanza de la vida eterna. Hablar de Dios se ha convertido en un deber imperioso. Para esos hombres es una necesidad el escuchar, y para nosotros el hablarles viene a ser una obsesión, pues queremos que todos lleguen a Dios.

Si se les habla, escuchan. Si escuchan, Dios se les mete en el corazón. Con Dios en el corazón, se salvan.

Hay muchos que se dicen ateos, y muchos también que viven alejados de Dios, porque nadie se les ha acercado a hablarles de Dios como se debe. Nosotros nos esforzamos en hacerles ver la bondad, la grandeza, el amor del Dios que nosotros llevamos en el corazón y que puede y quiere ser también su Dios.

En una cosa como ésta, nosotros no queremos cometer pecados de omisión, que serían graves ... Porque con nuestro silencio, a lo mejor nos haríamos responsables de la pérdida de algunos hermanos nuestros. Mientras que nuestro celo ardoroso podrá ganar para Dios a esos hermanos que un día se alejaron.

Recuerdo a este propósito el caso, rigurosamente histórico y doloroso, ocurrido en nuestras propias tierras.

Un suicida se pegó un tiro, pero no murió de repente. Mientras se debatía entre la vida y la muerte, un señor, ferviente católico y alcalde de la población, se le acerca, le anima, y le pregunta:

- *Pero, ¿cómo en su desespero no acudió a Dios, en vez de tomar la pistola?*

Y el moribundo, con seriedad y pena, le responde:

- *¿Y por qué, hasta ahora, nadie de ustedes me había hablado de Dios?...*

Es posible que nosotros, los creyentes, no entendamos cómo no se puede creer en Dios.

¡Pero, si es que nosotros lo vemos en todo! ¿Por qué los demás no lo ven así?... ¡Con lo fácil que es descubrir a Dios en todas las cosas!...

Son misterios del hombre, más que misterios de Dios, ya que Dios se ha revelado a más no poder, para que lo encuentre todo el que lo busca con sincero corazón.

Son muchos ciertamente los que no creen en Dios.

Pero son también innumerables los que tienen una fe ardiente. Nosotros entre ellos, gracias al mismo Dios. ¡Dichosos, dichosos los que creemos!... No nos damos cuenta de la felicidad que llevamos dentro ni la valoramos como se merece. Aun sin decirlo explícitamente, vamos repitiendo lo de la Biblia en el salmo precioso (Salmo 42,1):

- *Como la cierva corre ansiosa hacia la fuente del agua viva, así mi alma va suspirando por ti, mi Dios...*